

Estamos instalados en un gran despropósito. Las políticas de austeridad nos llevan al precipicio, sin remisión. El período en el que vivimos es de carácter regresivo, en todos los órdenes. La economía marca el camino; pero la traslación social es dramática. La paradoja es que hay muchísimo capital. Esto escribía en junio de 2012 Robert Reich: “*las grandes empresas están sentadas sobre un gran montón de dinero; pero no lo invertirán en crear nuevos puestos de trabajo*”. Reich no es un peligroso izquierdista; fue secretario de Trabajo con el presidente norteamericano Clinton. Sigue Reich: “*la mayor parte de las ganancias de la productividad, van a manos de los propietarios del capital, mientras los trabajadores reciben sueldos cuyo valor real no hace más que descender*”. Es decir, dinero hay; se trata de explicar que no existe y que, por tanto, se deben recortar gastos. Pero un estudio reciente del FMI sobre 173 casos de austeridad fiscal para el período 1978-2009, revela que las consecuencias fueron negativas, hasta el punto de que se confirmó la recesión económica y el aumento del paro (Fontana 2013). Ante esto, el FMI decidió, en octubre de 2012, criticar las políticas económicas europeas, que no estimulaban la recuperación económica. Un giro insólito en una entidad tan conservadora.

¿Qué pretenden, pues, las políticas de austeridad, vendidas como la única solución plausible? La impresión es que la preocupación por el déficit y la deuda tiene como objetivo privatizar los servicios esenciales para la ciudadanía, servicios que pueden convertirse en un succulento negocio para empresarios privados. Paul Krugman lo ha subrayado sin ambages: “*el movimiento de lucha contra el déficit nunca ha tenido el déficit como objetivo; se trata de usar el miedo al déficit para destrozar la red social de protección*”. Todo el relato ultraconservador descansa sobre lo que Josep Fontana ha calificado como “fábula”: se ha tratado de convencer a la gente de que “*la culpa era de lo que se había malgastado en escuelas y hospitales, de manera que correspondía ahora pagar estos excesos del pasado*” (Krugman 2012; Fontana 2013). El caso de la

deuda pública española es ilustrativo. Esa deuda era baja: los datos del Banco de España y de Eurostat lo avalan (véanse gráficos 1 y 2). Nótese que España superó el 60% de deuda sobre PIB en 2010, cuando Alemania y Francia ya lo hicieron en 2003 y el conjunto de la zona euro había rebasado ese guarismo en 2000; mientras que Grecia

Gráfico 1. Porcentaje deuda pública sobre PIB, 2000-2012

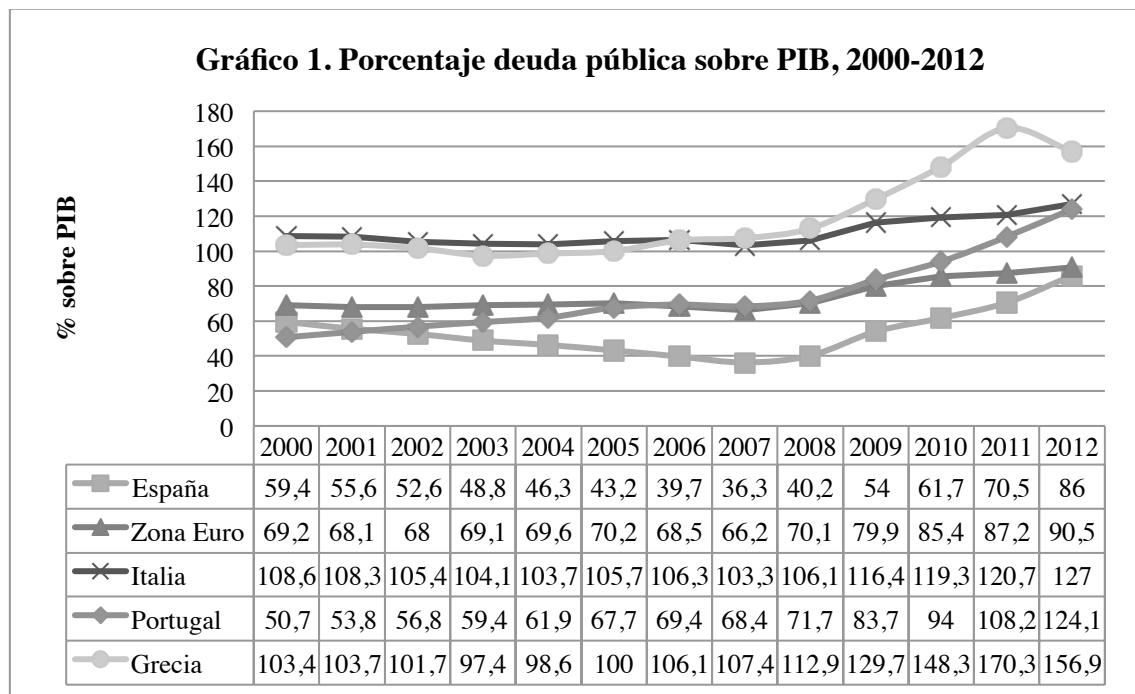
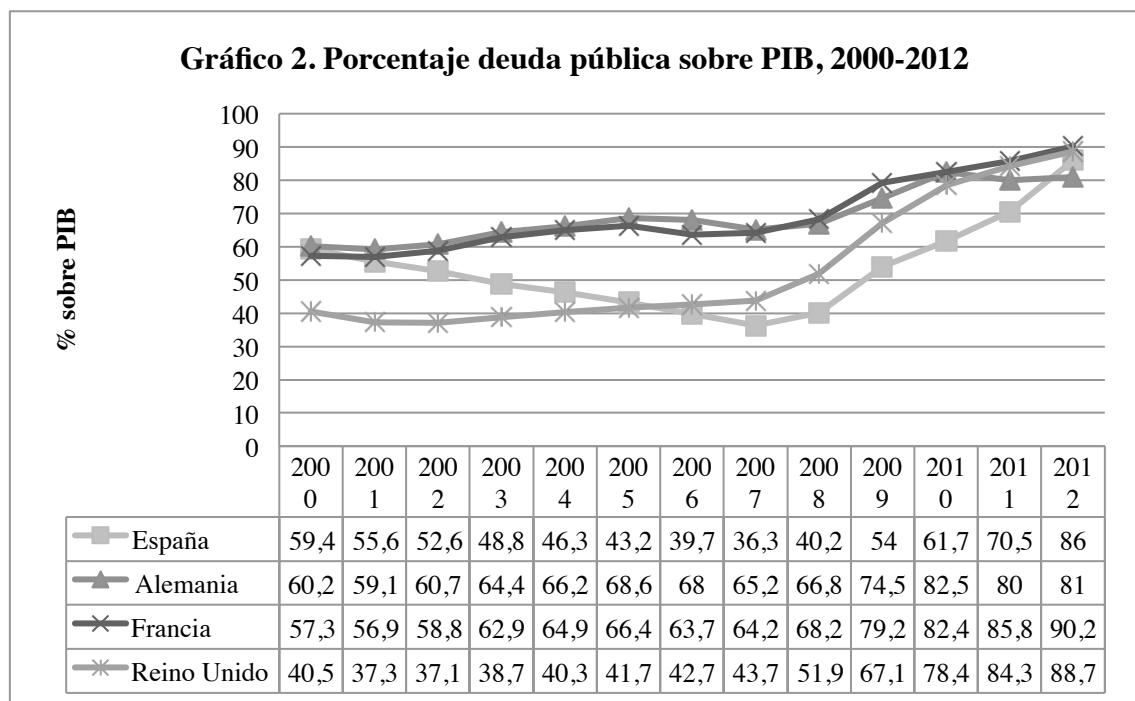


Gráfico 2. Porcentaje deuda pública sobre PIB, 2000-2012



FUENTE: Todos los datos que se recogen en estos gráficos y los que se exponen en el texto relativos a deuda pública, proceden de Eurostat y Banco de España.

e Italia iniciaron el siglo XXI con porcentajes que ya reflejaban el 100%, una variable a la que se acerca España en 2014, toda vez que cerró con un 93,9% el año 2013. Pero, en paralelo, la deuda privada española era una de las mayores del mundo. Y era una deuda que se fraguó a partir de los *Landesbanken* alemanes, que prestaron a bancos y cajas de ahorro españoles que, a su vez, concedieron créditos para operaciones poco recomendables de constructores y para demandas de particulares sin recursos. A éstos últimos, las propias entidades les estimulaban a endeudarse sin miramientos. Tal imprudencia, codicia y escasa profesionalidad se deben adscribir a financieros germánicos e hispánicos, aunque la cancillería teutona culpe al sur por despilfarrador (Valls 2012; Blyth 2014). El desenlace del proceso es conocido: una forma de rescate bancario. En efecto, tras muchas presiones, el presidente Rajoy, que pensaba que con su llegada al poder todo se solventaría (porque trasladaría confianza), tuvo que agachar la cabeza y reconocer una obviedad: que la economía es mucho más complicada que la emisión de cuatro frases más o menos brillantes cuando se está en la oposición; y mucho más difícil que pensar en recetas simples para resolver la complejidad de los procesos. El bloqueo durante meses del gobierno español generó una enorme incertidumbre. Y motivó que a Rajoy, desde tabloides internacionales, le criticaran con dureza. Si se repasan medios como *Financial Times*, *The Guardian*, *Le Monde*, *Wall Street Journal* y la prensa especializada alemana (que conozco por las referencias que se hacen en la anglosajona, la francesa y la española), el veredicto común es cáustico por muy negativo, y recoge la opinión, oficial y oficiosa, de buena parte de los representantes europeos en Bruselas y de miembros significados de la cúpula comunitaria.

El Rescate presentaba en aquellos momentos menos luces que sombras.¹ Tratemos de extraer algunos puntos concretos. Lo que conocemos es lo siguiente: se podía pedir desde España hasta un máximo de cien mil millones de euros; la tasa de interés sería más baja que la del mercado; el intermediario, el FROB; y éste canalizaría el dinero hacia el sistema bancario afectado. Concretemos lo que parece plausible, es decir, las luces:

¹ El Rescate se solicitó a mediados de 2012, y supuso un préstamo a la banca española por valor de 41.300 millones de euros, recibidos de los socios de la moneda única. A comienzos de 2014, la troika dio por confirmado el cumplimiento de las condiciones impuestas al sector financiero español. Se han recapitalizado las siguientes entidades: Bankia, Novagalicia Banco, Catalunya Banc, Banco de Valencia, Liberbank, Caja3, BMN y CEISS (antigua Caja España-Duero). Sin embargo, esta potente entrada de dinero no ha supuesto recuperar, desde 2012 y hasta el primer trimestre de 2014, la fluidez del crédito, según el Banco de España. Véase <http://www.bde.es/webbde/es/estadis/infoest/e0807.pdf>.

- a) La inyección de una parte substancial de ese capital debería favorecer el “desapalancamiento” financiero y, por tanto, avanzar créditos para empresas y particulares.
- b) Partimos de una premisa que es clave: hay liquidez. Sí: la hay desde el Rhin hacia el norte; pero a partir de los Alpes, hay sequía crediticia. Se trata, pues, de mover dinero de zonas excedentarias a espacios necesitados de capitales más asequibles.

Repasemos ahora las sombras:

1. Los inversores piensan que ese préstamo endurecerá todavía más las variables macroeconómicas españolas, toda vez que los intereses engrosarán el déficit público.
2. El Rescate disparará la deuda diez puntos sobre el PIB. El déficit probablemente subirá unas décimas, dependiendo de los recursos que se pongan en juego (se acabarán pagando entre tres y cuatro mil millones de euros más como servicios de la deuda).
3. Los mercados reflejan la pésima comunicación que se ha desplegado en este tema. Porque las preguntas clave son las que usted se formularía si tuviera que pedir un préstamo: ¿de dónde saldrá todo ese dinero, de qué fondos? ¿a qué interés? ¿qué cantidad? ¿cuáles serán los plazos de devolución? En definitiva, se reclama un pliego de condiciones que todavía es inédito, o no se ha explicitado con suficiente claridad. Pero toda la gente tiene asumido que esto no tiene costes cero. Venderlo como una conquista constituye un error estratégico y, de cara a Bruselas, descomunal: un acto de soberbia que no presagia nada bueno.
4. El Rescate puede impactar sobre el mercado laboral: el previsible cierre de oficinas bancarias supondría el despido de unas 30.000 personas. Todo esto se acabará por saber cuando se conozcan los planes de acción de los bancos afectados, que deben mandarse al FROB para su validación.
5. Es igualmente previsible la subida del IVA, alargar la edad de jubilación y una revisión salarial a la baja para los empleados públicos, si se confirma una tensión al alza del déficit.
6. La posible existencia de más crédito no debe hacernos pensar que todo ya está resuelto, y que el dinero fluirá sin problemas. No; harán falta proyectos solventes que justifiquen los préstamos. Y esos proyectos deben acoger posibilidades tangibles de éxito. Es aquí donde aparece la conexión intensa con la estructura económica productiva.
7. El Rescate se da por la incapacidad de las finanzas en su conjunto, y del gobierno de manera particular, para encontrar salidas viables para la recapitalización bancaria.

Recuérdese que Europa pide básicamente cuatro cosas. Primera: reestructurar el sistema financiero. Segunda: hacer frente al sobre-endeudamiento privado (el público es bajo, en relación a la media comunitaria). Tercera: cumplir con los ratios de déficit público sobre PIB. Cuarta: cómo dar respuesta al problema del paro. Este último punto acaba por no encajar plenamente en los tres anteriores: difícil generar ocupación con políticas restrictivas, en las que no existen estímulos de la demanda. Porque todo parece indicar que sólo el Rescate (sin esos estímulos) no garantiza la consecución del crecimiento y la reducción del paro, a medio plazo (a corto ni pensarla).

En conclusión: la ayuda al sistema financiero está siendo más que generosa, sin perspectivas de una recuperación de los recursos comprometidos. En este contexto, Europa está pagando los errores de la economía alemana, que ha acumulado grandes beneficios con la exportación (tal y como se puede comprobar en las estadísticas de balanzas comerciales y de pagos, publicadas por el FMI, entre 1970 y 2010; Manera 2013); pero vive obsesionada ahora con la austeridad, lo cual bloquea su crecimiento interior por la obcecación, también, en controlar de forma estricta la inflación. Pagamos en el sur esas manías. Más irracionalidad, anunciada por otras voces de toda solvencia: Richard Koo, economista del Nomura Research Institute de Tokio –liberal sin mácula–, afirma, en un trabajo de economía comparativa, que la reducción del gasto público y una “sobredosis de austeridad” es, justamente, un “*disparate*” (Fontana 2013).